



Artículos

El premier cautivo: notas sobre una prolongada visita de Saad Hariri a Riad en noviembre de 2017.

Said Chaya¹

Misterio en la pista de aterrizaje

Apenas tocó tierra esa cálida tarde del 3 de noviembre de 2017, el avión privado procedente de Beirut fue rodeado por policías vestidos de gris. El principal pasajero, su círculo íntimo y su custodia entregaban sin titubeos sus teléfonos móviles (Fisk, 2017). Separado de sus guardias, las tropas saudíes llevarían al Primer Ministro libanés, Saad Hariri, y su familia a un lugar seguro. El premier libanés comenzaba entonces una extraña fuga.

La vida política del Líbano es rica en excepcionalidades. Hijos que suceden a sus padres en la Cámara de Diputados, reformas constitucionales exprés que extienden los mandatos presidenciales, primeros ministros que ocupan la presidencia interina por años, ministerios duplicados durante la Guerra Civil, etc.

Sin embargo, el caso Hariri se revistió de un misterio especial. La renuncia al cargo de primer ministro del líder del Movimiento del Futuro (MDF), un partido de gran consenso entre la población musulmana sunnita, tomó por sorpresa a los libaneses. La misma tuvo lugar el 4 de noviembre de 2017. Tras una crisis de relevancia, Hariri acabó retirando su dimisión el 5 de diciembre de ese año.

Sin embargo, lo llamativo no provino de la renuncia: Líbano tiene un alto recambio de primeros ministros. Lo asombroso fue el contexto. Efectivamente, Hariri hizo el anuncio de forma televisada, a distancia, puesto que abandonó el cargo desde Riad, la capital de Arabia Saudita. Intentó mostrarse sereno, mientras detrás de un escritorio y junto a una bandera libanesa, leía un discurso de ocho minutos de duración. El video fue exhibido en el horario estelar de la cadena Al-Arabiya. El canal, fundado en 2003 y con sede en la ciudad de Dubai (Emiratos Árabes), pertenece a MBC Group, un consorcio mediático de capitales sauditas, entre los cuales se encuentran aportantes de la Familia Real. Está dirigida por Adel Al-Toraifi, quien

¹ Profesor y Licenciado en Ciencia Política. Docente de la Escuela de Política, Gobierno y Relaciones Internacionales de la Universidad Austral. Investigador de IREMAI/GEMO-UNR y DEMO-UNLP.

fuera ministro de Cultura e Información del Reino entre 2015 y 2017. Este dato permite confirmar que la renuncia era conocida por los círculos más influyentes del país.

Los ejes del discurso de renuncia fueron dos. Por un lado, hizo referencia a la intromisión iraní en los asuntos domésticos del Líbano. Sin embargo, la cuestión no es nueva: una de las características del sistema político libanés es el lazo que se establece entre las comunidades subnacionales altamente cohesionadas en su interior y gobiernos extranjeros. Tal ha sido el caso de los católicos maronitas con Francia o Italia, los shiítas con Irán, los protestantes con Estados Unidos o el Reino Unido, los sunnitas con Arabia Saudita, o bien, en su momento, los drusos con la Unión Soviética. Además, el presidente Michel Aoun estaba sostenido por una coalición entre maronitas y shiítas pro iraníes, y Hariri y su partido habían sido parte del acuerdo político que permitió su elección, a cambio de retener para sí el liderazgo del Consejo de Ministros. El mismo Hariri lideraba un gobierno de unidad nacional, con presencia de ministros abiertamente pro iraníes en su gobierno, en las carteras de Industria y Juventud y Deportes. A menos de un año en el gobierno, la denuncia que realizaba no constituía una novedad que implicase una decisión tan drástica.

Por otro lado, Saad Hariri mencionó la amenaza cierta de un atentado contra su vida y la de su familia, motivo que, según afirmó, lo obligó a partir hacia Arabia Saudita el 3 de noviembre, en ese misterioso vuelo. Solo el diario Asharq Al-Awsat se hizo eco de esas amenazas, dándolas por ciertas, que el jefe de Seguridad General del Líbano, My. Gral. Abbas Ibrahim, desconoció rotundamente (Reuters, 2017). El impreso, que omitió la fuente, mencionó que el premier “recibió una advertencia desde Occidente” en relación a que su vida estaba en peligro (Abbas, 2017). La publicación, una de las más antiguas y exitosas de la región, pertenece al príncipe Faisal bin Salman, vástago del rey de Arabia Saudita.

En el Líbano, este accionar generó un asombro sin precedentes. Nada hacía suponer esta decisión. Saad Hariri estaba próximo a cumplir su primer año de gestión. Cultor de una abultada agenda internacional, los temas abordados en la última reunión del Consejo de Ministros que Hariri presidió no habían sido llamativos. Aunque se había mencionado la importancia de contar con Arabia Saudita como respaldo a la estabilidad libanesa, también se conversaron los nombramientos de los embajadores a Damasco, Buenos Aires y El Vaticano, asuntos energéticos vinculados al norte del país y autorizaciones a algunos municipios para superar la altura máxima de construcción. El premier tenía previstas, para aquellos días, reuniones con autoridades del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Incluso el día de la fuga tenía cita con la ministra de Cultura francesa, Françoise Nyssen, para la hora de la cena. Nada hacía suponer que abandonaría su posición de manera tan intempestiva.

En resumen, ninguna de las causas esgrimidas por Hariri para fundamentar su renuncia resulta creíble. Todo parecía indicar que la renuncia tenía otras motivaciones, y una posible hipótesis era la presión saudita para que abandone el cargo, y así poner en jaque al gobierno libanés, tan cercano al rival iraní.

De Beirut a Riad, pasando por Washington

¿Qué llevó a Hariri a la capital saudita? ¿Seguridad? El país estaría muy pronto envuelto en su propia tormenta. Esa mismo día, poco después de su llegada, el príncipe heredero Mo-hammad bin Salman (MBS) ordenó la detención de cientos de personas, muchos de ellos miembros de la Familia Real, acusándolos de diferentes casos de corrupción. Por el nivel de exposición e influencia de muchos de los detenidos, se podía hablar de una “purga” política: en la lista se hallaban el ministro de la Guardia Nacional, el ex gobernador de la provincia de Riad, algunos militares de alto rango, empresarios multimillonarios y otros funcionarios de gran influencia en la Casa Real (Jacobs, 2017).

El padre de Saad Hariri, Rafic, quien fuera a su tiempo también primer ministro del Líbano, tenía fuertes lazos con la monarquía saudita. En 1978, Rafic Hariri fundó Saudi Oger, una de las compañías constructoras más importantes de la región. Con el apoyo del rey Fahd, la empresa diversificó su cartera, extendiéndose a otros rubros, como las telecomunicaciones. Conforme se afianzaba el vínculo entre Hariri y el reino, el crecimiento de Saudi Oger se hacía más notorio.

Por eso, cuando Arabia Saudita patrocinó en 1989 las conversaciones de paz para poner fin a la Guerra Civil Libanesa, era lógico que pensara en Saad Hariri como una figura a tener en cuenta para el cargo de primer ministro, quien, según la estructura político-confesional del país, debía ser un musulmán sunnita. El gobierno de Riad alimentó al Movimiento del Futuro con grandes aportes, y llevó al Líbano, durante la gestión de su elegido, importantes inversiones.

En 2005, cuando Rafic Hariri fue asesinado, Saad recibió la bendición del entonces príncipe heredero saudita, Abdullah, para suceder a su padre y competir en las elecciones legislativas. La decisión parecía razonable porque Saad era una figura conocida en la Corte del monarca por haber vivido largos años en Arabia Saudita, donde hizo sus primeras herramientas en los negocios tras recibirse en Estados Unidos. El príncipe asumió el trono meses más tarde y gobernó por diez años.

La estructura que MBS buscaba derrotar a través de las “purgas”, para asegurar a él y a su padre, el rey Salman, un gobierno de leales y una sucesión tranquila, era la misma de la que Saad Hariri formaba parte. Hariri había sido hostigado indirectamente por el príncipe heredero. Basta con revisar el vínculo diplomático saudita-libanés durante la vacante presidencial. Un análisis pormenorizado brinda los siguientes detalles, muy llamativos:

- Rechazo a emitir visas a turistas saudíes que quieran visitar el Líbano, incluso alentando a los que estaban en el país a que lo abandonen de manera inmediata (febrero de 2016).
- Recorte de préstamos destinados a la compra de equipamiento militar por parte del Ministerio de Defensa del Líbano (febrero de 2016).

- Aplazamiento del nombramiento de un nuevo embajador que represente los intereses del Reino en Beirut, poniendo al frente de la representación a un encargado de negocios, funcionario de menor rango (agosto de 2016).
- Negativa de las áreas económicas del gobierno a colaborar en un rescate financiero de Saudi Oger, inmersa en enormes deudas (septiembre de 2016).
- Conversaciones con otros líderes sunnitas e incluso de otras confesiones, acabando con el vínculo de interlocutor privilegiado que tenían los Hariri (septiembre de 2016).

Todas estas medidas dañaron indirectamente al líder del MDF, cuya voz era considerada la palabra autorizada del gobierno saudita.

Hariri, tras haber evaluado la posibilidad de quedar excluido del reparto de poder, tomó ágilmente la iniciativa en octubre de 2016, pactando con Aoun para que éste llegue a la Presidencia de la República y obteniendo para sí el cargo de primer ministro. Fue entonces cuando comenzó un lento proceso de reconciliación con los sauditas, admirados ante la astucia de su otrora protegido hijo putativo. Empero, la desconfianza entre MBS y Hariri ya estaba instalada. En esta ocasión, resultaba evidente que el apoyo a su gestión no sería incondicional. La nueva relación no estaría marcada por el afecto o la confianza, sino por el éxito en la defensa de los intereses saudíes en el País de los Cedros, marcados por el enfrentamiento con el gobierno de Teherán.

La visita del presidente de Estados Unidos Donald Trump a Arabia Saudita, en mayo de 2017, confirmó la coincidencia de intereses entre Washington y Riad sobre el rol que debía jugar Irán en la región. Estaban preocupados: Teherán estaba sosteniendo con éxito a Bashar Al-Assad en Siria, avanzaba posiciones en Yemen, levantaba la bandera de la defensa del pueblo palestino y mostraba sin ambages su virtual “poder de veto” en la política libanesa.

Más allá del espectáculo de lujo y poder que el Rey Salman desplegó ante Trump, las negociaciones que se llevaron a cabo entre las partes durante la estadía del mandatario norteamericano fueron concretas. Trump señaló a Irán como aliado del terrorismo internacional, y pidió a Arabia Saudita controlar a sus aliados del Golfo Pérsico, sospechados de financiar al islam radicalizado. No compartía la visión de su antecesor, Barack Obama, de lograr un equilibrio entre Irán y Arabia Saudita; Trump creía que era necesario acercarse a Salman lo más posible.

En junio, dos semanas después de la partida del multimillonario, Arabia Saudita promovía un exitoso bloqueo contra Qatar, que incluía la ruptura de relaciones diplomáticas. Bahrein, Egipto y Emiratos Árabes, entre otros, se sumaron a esta medida. El emir de Doha era acusado de permitir el financiamiento del terrorismo y mostrarse complaciente con Teherán (Filkins, 2018).

Así como no puede entenderse la renuncia de Hariri sin tener en cuenta los antecedentes locales que tuvieron lugar en el Líbano, tampoco es posible comprender la situación en ese país separada del contexto regional. El Líbano, además de caracterizarse por su diversidad

religiosa y la proyección que ésta tiene en su sistema político, también se hace notar por su permeabilidad, mucho más cuando actores de tanta relevancia, como el primer ministro y Hezbolá, uno de los principales partidos de la oposición, reflejan en su disputa la confrontación existente entre los gobiernos foráneos que se disputan la primacía en Medio Oriente.

Bajo el Arco del Triunfo

La conmoción de una renuncia realizada a distancia bajo la presión saudita impactó en el Líbano y dejó al desnudo, como suelen hacer los procesos de crisis, cuestiones medulares vinculadas a la dinámica del poder.

La primera era que el presidente Michel Aoun no se dejaría amedrentar por la coyuntura que se había generado, aparentemente de manera forzada. Al conocer la noticia, rechazó la renuncia y exigió que fuera realizada en el territorio nacional. Asimismo, activó los mecanismos legales previstos para la designación de un nuevo primer ministro: convocó a los líderes partidarios, ex ministros y diputados, e incluso a sus antecesores en el cargo, a una ronda de consultas privadas. Además, para evitar la parálisis gubernamental, se puso al frente de las reuniones de gabinete. El 15 de noviembre, el primer mandatario habló claro: dijo que Saad Hariri estaba “detenido” en Arabia Saudita, en violación a la legislación internacional vigente (McKernan, 2017). El canciller Gibran Bassil, yerno de Aoun y su principal ladero en el Movimiento Patriótico Libre, que ambos integran, realizó una gira por Europa para exponer el caso.

La segunda cuestión fue que la obediencia de los sunnitas libaneses a Arabia Saudita no era inmediata, como esperaba Riad. La población se lanzó a las calles y a las redes sociales, demandando el retorno del premier y adoptando una actitud crítica. El MDF, por su parte, se reunió a puertas cerradas, y sus declaraciones fueron escuetas pero contundentes: lejos del alineamiento automático, reafirmaron su respaldo al primer ministro y rogaron por su retorno. Pagarían caro el precio de este desaire.

Los sauditas habían sorprendido a los libaneses tres semanas antes. Ahora, la respuesta libanesa sorprendía al rey Salman y al príncipe heredero.

El Presidente francés Emmanuel Macron decidió entonces romper el cerco: para probar que Hariri no estaba detenido, lo desafió a visitar la capital francesa. Sabiendo que las alternativas eran pocas, el premier se embarcó finalmente en un viaje que lo llevó también a El Cairo y Nicosia, donde se reunió con los respectivos Jefes de Estado. El 18 de noviembre llegó a París y anunció que celebraría junto a los libaneses el Día de la Independencia.

Tras 19 días de ausencia, Saad Hariri llegó a Beirut en la fría madrugada del 22 de noviembre. Se dirigió entonces a rezar a la tumba de su padre, en el corazón de la ciudad, donde lo esperaban, en silencio, las primeras cámaras. Al despertar, Bayt Al-Wasat, su residencia en la capital, era una fiesta. Las multitudes se habían reunido frente a ella, envueltos

en banderas del país, para festejar el regreso del mandatario en un nuevo aniversario patrio. Allí hizo público que el presidente le había solicitado que revise su decisión y él estaba dispuesto. Hariri tenía su día de gloria. El 5 de diciembre, retiraba definitivamente su renuncia.

El gobierno de Arabia Saudita, y especialmente MBS, aprendieron la lección. Las medidas de acción concreta, violentas, espasmódicas, se retiraban de escena para dar lugar a la diplomacia del soft power, más discreta. El objetivo de fondo, competir en el país con la influencia iraní, como una manera de contener al gobierno libanés y obligarlo a sostener un contexto de neutralidad, no había cambiado.

En enero de 2018 llegó a Beirut un nuevo embajador saudí que se presentó ante el Palacio de Baabda y, en un gesto de corrección, solicitó autorización al presidente para invitar al premier a la capital saudita. Hariri, por su parte, recibió la proposición del ministro en su oficina del Grand Serail y no en su residencia particular (Macaron, 2018).

En efecto, el primer ministro Hariri visitó Riad y fue recibido, por primera vez, con honores de un dignatario extranjero, por funcionarios de primer nivel, mientras una fanfarria sonaba de fondo. Era un gesto a caballo entre el protocolo y la frialdad.

Mientras tanto, Arabia Saudita reabrió los canales de diálogo con los principales rivales de Hariri: los sunnitas Ashaf Rifi, intendente de Trípoli, y Najib Miqati, ex primer ministro. El MDF dejó de recibir financiamiento externo y sufrió una dura derrota en las elecciones legislativas de mayo de 2018. Finalmente, Saudi Oger cerró sus puertas para siempre, sin recibir el rescate estatal que, en tiempos de amistad, se hubiese dado por descontado.

Hariri optó por mantener el silencio sobre los días de cautividad: nunca comentó lo que realmente sucedió en esa visita intempestiva a Riad que lo retuvo allí durante dos largas semanas. Bajando la escalera del avión, y con la orquesta militar de fondo, indudablemente entendió con un dejo de nostalgia que, con ese viaje, comenzaba una nueva época en las relaciones entre Líbano y Arabia Saudita y también en su propio vínculo con la dinastía Al-Saud.

Referencias Bibliográficas

- Abbas, Thaer (2017), "Lebanon Plunges in Govt. Crisis after Hariri Resignation Given Lack of Replacement", Asharq Al-Awsat (versión online): <https://aawsat.com/english/home/article/1074216/lebanon-plunges-govt-crisis-after-hariri-resignation-given-lack-replacement> (recuperado el 23 de agosto de 2018)
- Filkins, Dexter (2018), "A Saudi Prince's quest to remake the Middle East", The New Yorker (versión online): <https://www.newyorker.com/magazine/2018/04/09/a-saudi-princes-quest-to-remake-the-middle-east> (recuperado el 23 de agosto de 2018)
- Fisk, Robert (2017), "Saad Hariri's resignation as Prime Minister of Lebanon is not all it seems", The Independent (versión online): <https://www.independent.co.uk/voices/lebanon-prime-minister-saad-hariri-resignation-not-all-seems-quits-resigns-surprise-saudi-arabia-a8045636.html> (recuperado el 23 de agosto de 2018)
- Jacobs, Peter (2017), Saudi Arabia is asking some royals and businessmen caught up in corruption crackdown to pay 70% of their wealth in return for their freedom", Busi-

ness Insider (versión online): <https://www.businessinsider.com/saudi-arabia-corruption-crackdown-billions-of-dollars-2017-11> (recuperado el 23 de agosto de 2018)

Macaron, Joe (2018), "A Saudi comeback to Lebanese politics?", Arab Center - Washington DC (versión online): http://arabcenterdc.org/policy_analyses/a-saudi-comeback-to-lebanese-politics/ (recuperado el 24 de agosto de 2018)

McKernan, Bethan (2017), "Lebanese Prime Minister Saad Hariri is 'detained' in Saudi Arabia, says President Michel Aoun", The Independent (versión online): <https://www.independent.co.uk/news/world/middle-east/lebanon-saad-hariri-saudi-arabia-detain-prime-minister-hezbollah-michael-aoun-president-a8055691.html> (recuperado el 23 de agosto de 2018)

Reuters (2017), "Western intelligence warned Hariri of death plot: Asharq al-Awsat" (versión online): <https://www.reuters.com/article/us-lebanon-politics-hariri-assassination/western-intelligence-warned-hariri-of-death-plot-asharq-al-awsat-idUSKBN1D50FK> (recuperado el 23 de agosto de 2018)